

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta. — En el Extranjero: Tres meses, 8'50 id. — La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. — No se devuelven los originales

Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. —Correspondientes: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31, Faubourg Montmartre. —Mr. George B. Fiske, 21-Park Row, New-York. —La correspondencia al Administrador.

A través del miting Por la verdad y por Cartagena

Otro de los concejales bloquistas que con sujeción al programa preparado en "La Tierra", desempeñó papel en la comedia representada el domingo último, en el Teatro Circo, fué el obrero Sr. Madrid.

Las excusas que su modestia más ó menos sincera, ofreció al auditorio, podían seducir solamente á los que no estuviesen impuertos del verdadero objeto de la representación, encaminado á obtener nuevos recursos para el Bloque, de la misma baja ley que los derrochados en una campaña de torpezas y deodios.

La seducción era fácil. Generalmente, el obrero español no está, en verdad, muy instruido, por que el trabajo y el descanso reparador consumen todo su tiempo; pero suele ser muy espontáneo y sobre todo muy sincero.

Sin embargo el obrero Sr. Madrid se entregó voluntariamente á la burda ficción en que todo aquel acto se inspiró, y aun tomó como cabeza de turco en sus fatiguillos á obreros como él pero más ancianos y humildes que él. Lo principal era arrojar sombras sobre los adversarios alimentando las novelas que se forja la suspicacia de los ignorantes.

Decía el Sr. Madrid:

"Es cierto que cuando nosotros llegamos al Ayuntamiento figuraban en la nómina de barrenderos individuos que jamás cogieron la escoba, pero que todos los meses cogían sus pagas y á cuyos individuos favorecidos así con el dinero del pueblo les dimos inmediatamente sus cesantías, y tan cierto es lo que digo, que podría citar sus nombres, (en el público, en general, se promueve un gran vocerío, pidiendo unos que diese los nombres y otros que no)".

Bastaría la acotación que como se vé en lo copiado puso "La Tierra" en su reseña del miting á lo dicho por este concejal bloquista, para comprender toda la perversidad y todo el artificio de tales afirmaciones.

Pero hay que descender á detalles, exponiendo la verdad entera, para dejar más al descubierto el efectismo que buscó el señor Madrid.

Lo que se llama brigada de barren-

deros es elemento principal de un servicio importante del municipio, organizado para el mejor cumplimiento de éste. Y en ese ramo de la policía urbana había cuando el Bloque fué al Ayuntamiento un listero guarda-almacén del parque de herramientas y útiles y un amanuense del jefe inmediato de esos servicios, que lo era entonces el de la guardia municipal.

Estos dos modestos empleados los conoce todo el mundo. El primero era don Francisco Medina Carmona y el segundo don Joaquín Mateo. No barriar ninguno de los dos, como no barren hoy todos los que se llaman barrenderos, pero prestaban servicios dentro de ese ramo, y no se utilizaban por consiguiente á mansalva del dinero del pueblo.

Así debió decirlo el señor Madrid. Pero entonces no dejaba margen á la fantasía que podía seguir creyendo, ante la vaguedad estudiada de sus informes que á la brigada de barrenderos tenían adscrita las administraciones anteriores otra brigada de señoritos que cobraban sueldo sin parecer siquiera por el Ayuntamiento. Y no dió los nombres de aquellos dos empleados porque entonces esa misma fantasía no podría pensar en éste ó en el otro pariente, amigo ó criado de los enemigos políticos del Bloque á quien éste combate con más saña.

Y como nada más que á esos fines pequeños atienden los nuevos administradores, se induce claramente que dejaron cesantes á esos dos empleados no en persecución de una economía ni de una mejor organización del servicio, sino para poder fabricar después la grosera imputación como alimento de la fiera.

Luego decía el Sr. Madrid:

"Y si esto es cierto, no lo es menos que también como guarda de cañerías existía otro empleado con 1000 pesetas de sueldo que jamás fué por las cañerías y devengaba su paga siendo criado de una casa poderosa, y tampoco es menos cierto que la brigada de albañiles hacía con frecuencia trabajos en casas de algunos señores concejales, altos empleados del Municipio ó amigos de unos ú otros, porque habéis de comprender, señores, que debe resul-

tar muy cómodo y agradable pagar con el dinero del pueblo lo que debe pagarse con el particular; y ahora pregunto."

Es muy singular la conducta del Bloque. Muy largo y muy estrepitoso en acusar, y muy parco en acreditar el fundamento de sus acusaciones. Ni un sólo expediente se ha instruido que nosotros sepamos, en averiguación de las graves imputaciones que se hacen en ese trascrito pasaje de la acusación del Sr. Madrid. Ni hemos visto todavía denunciado á los Tribunales ni perseguido en forma alguna á tantos *estufadores y malversadores* como ha inventado el Bloque para la farsa de la regeneración de Cartagena.

Tal pasividad que sería punible si sus acusaciones fuesen ciertas ¿es acaso por consideración ó por cortesía á sus adversarios?

Cartagena entera dirá si estos señores del Bloque son capaces de tales delicadezas, y si no tendrían ya confundidos á sus enemigos, á poco que éstos hubiesen incurrido en tales cosas.

Recogiendo lo único concreto del fatiguillo del Sr. Madrid, diremos que el guarda de cañerías, Antonio López Flores, que no se puede confundir con otro, porque no había más que ese, cuando el Bloque entró en el Ayuntamiento, fué un inteligente empleado que cumplió á satisfacción de todos, hasta que voluntariamente se separó de su cargo.

Claro es que en el ramo de fuentes no pueden ser muy eficaces por desgracia, los servicios de los fontaneros, ya que son bien pocas las fuentes que tiene Cartagena, pero aún así, no puede prescindirse de atenderlo.

Lo que ocurre es, que el Bloque ha ido buscando siempre cualquier relación de los empleados, con los enemigos suyos, y allí donde ha creído encontrarla su odio, ha proclamado la inutilidad del cargo ó la de la persona que lo desempeñaba y ha dictado su cesantía.

A idéntico espíritu de pasión responde este otro pasaje:

"De los gastos abonados por el Presidente actual de la comisión de Ferias en esta última, y cuando esta comisión hizo la liquidación, observamos que este señor había hecho pagos indebidos."

Sabiendo que el Presidente de esa Comisión de ferias, es el Sr. Balibrea, antibloquista, se explicarán nuestros lectores ese disparo.

Los motivos de gasto de ese servi-

cio y de otros municipales, los van disponiendo los presidentes de las comisiones á reserva de los acuerdos de éstas y del definitivo del Ayuntamiento. Y al entender la de Ferias en las cuentas de ésta y juzgarlas con relación al contrato de ese servicio, dió á éste interpretaciones que serán quizá acertadas, pero que no deben resultar con claridad completa, cuando han determinado reclamaciones del contratista, unas pendientes de resolución definitiva y otras estimadas.

Vayamos para concluir, al caso del peón de cañerías, el anciano Domingo Huertas Pérez, con unos 20 años de servicio al Ayuntamiento.

Decía el Sr. Madrid:

"Se me había denunciado que este, por una venganza, había prometido á los vecinos del caserio de Los Mateos que si querían agua tendrían que dejar la cama para cojarla, pues no llegaría allí hasta después de las 12 de la noche. Era el mes de Enero del año pasado, y pensad cual sería mi impresión cuando, con un amigo, advertí desde las 11 á las 2 aquellos grupos de mujeres sin ropa apenas y algunas ancianas y niñas ateridas de frío, esperando la hora de cojer tan necesario líquido. Le mandé una suave repreensión y me contestó con una insolencia, y así otra y otra vez hasta que me obligó á presentar la queja en la forma ya indicada y como consecuencia, quedó cesante."

Nada de eso es verdad.

El peón Huertas, por su avanzada edad, y con ausencia del Presidente de la Comisión de Aguas, Sr. Anaya, que conocía y tuvo consideración á esa circunstancia, prestaba sus servicios en la fuente de Santa Lucía, y el Sr. Madrid persiguiendo solapadamente la colocación de un amigo suyo, puso sitio á la plaza del pobre viejo, ordenándole, sin atribuciones servicios imposibles,—por lo penosos para sus circunstancias,—que naturalmente no cumplió, alegando, sin el más leve asomo de desacato, que él no podía obedecer otras órdenes que las del Presidente de la Comisión, por conducto del inspector del ramo.

Sin embargo el Bloque por un torpe espíritu de solidaridad, declaró cesante al pobre peón, pero acordó también la amortización de la plaza dejando por entonces frustrados los planes del Sr. Madrid. Pero una vez solos en el Ayuntamiento los concejales bloquistas, revocaron ese acuerdo y nombraron al protegido del Sr. Madrid.

Todavía la superchería fué en este asunto mantenida por nuestro concejal obrero, pues el cargo lo ha estado desempeñando, no el nombrado, sino su padre, tan viejo como el Huertas, hasta que un periódico local ha descubierto el *chunchullo* según jerga bloquista, de que se favoreciese con los *dineros del pueblo* á un individuo que *ne le prestaba ningún servicio*.

NUEVA COVADONGA

La patria está muy pobre y abatida; rubio, nuevos Pelayos, á la sierra, que es toda España, y declarad la guerra al rufo inculto, á la nación perdida.

Más no llevéis hacia la roca erguida la vieja aljaba que la flecha encierra; ni con la espada ablandaréis la tierra, ni con la sangre le daréis más vida.

La nueva Covadonga ha comenzado; convertidas las flechas en arado, llegue hasta el pico en que descansa el cielo. Veréis la gloria como allí se escucha, si sabéis arrojar en esa lucha al alma ideas y semilla al suelo.

P. Jara Carrillo.

Viendo la Vida

La ciega

Marchaba con paso firme, resuelto...; sobre la escuálida cadera el catoro reto—ánfora de los humildes—; de la mano asida una niña harapienta y mocososa, y, casi coigado de su falda, un rapazuelo anémico y llorón.

En el rostro de la madre, rostro inespresivo de esfinge latente, la lucha por la vida había puesto la cartula de la esclavitud moral y, en los ojos azules, de un azul lechoso, los hipócritas y traicioneras sombras de la enfermedad corrieron el velo, negro y maldito, de la ceguera.

El trágico grupo —siempre fué tragedia lo deformel— caminaba hacia el hogar: una cueva hecha en el terreno, como cueva de fieras ó, humanizando más, como vivienda prehistórica.

Tuve piedad, una piedad infinita de aquellos seres, y puseme al habla con ellos.

—¡Buenos días, eleguécita!...—dije ditiendo la voz.—¿Me permite usted que le haga un pequeño obsequio á estos chiquitines?..

Y ella, buscando con todo el rostro el eco de su voz, y abriendo en sus pálidos labios la flor de una sonrisa, agradeció:

—¡Gracias, caballero; quien obsequia á mis hijos obsequia á mi corazón!..

Repartí entre los niños las monedas que llevaba y proseguí interrogativo:

—¿Conoce V. á sus hijos?

—¡No los he visto nunca!—contestóme—, y sin embargo los veo siempre... La falta de mi vista la suplen mis manos y mi instinto de madre... Por el tasto conozco hasta los gestos que hacen... y al decir esto con la mano libre acariciaba los rostros de sus hijos.

Yo, un poco cruel, ahendé:

—¡No obstante, debe V. sufrir mucho!..

—¡Le indecible!.. Yo solo trabajo por ellos sin... ¡me dejaría morir en un rincón!.. Por ellos soporto la cruz de mi desgracia y mi miseria... ¡No vana V. á creer que yo quisiera recobrar la vista, porque imagino que la emoción interna al ver sus rostros sería fatal para mí... y á seguida, lleva de melancólico entusiasmo, prosiguió:—Pero... debe ser tan dulce, tan hondamente gozoso el mirarse en los ojos de los hijos... y al decir esto, sus acuosos ojos dirigíronse al cielo como en una invocación.

¡Pobre madre!.. El amor á un hijo es emanación de los sentidos, tan honda que es insondable, tan extensa que es imedible!.. El amor á un hijo es... Suponed que á un hombre le estirpan el corazón, y que puede vivir sin él, pero con la condición que lo ha de conservar cuidadosamente, pues al más ligero abandono morirá el dueño... Calculad si ese hombre recordará de atenciones su estirpada pieza, llave de su vida; si sentirá sus emociones y si abundarán en sus faes ya sean morales ó materiales!.. Pues lo mismo es el amor al hijo, por que es prolongación de nuestra vida y regulador de nuestro cerebro.

¡Pobre ciega!.. Ella habrá sentido desgarrarse las entrañas en los espasmos dolorosos del sagrado alambriamiento, y al oír el llanto—balido humano—de sus hijos, y al acariciarlos,—toda vista en el sentido del tacto,—en sus ojos fríos de inmortal fijeza, el sentimiento y el gozo habrán abierto las esclusas del llanto purificador de la maldición de sus miserias...

¡Salve, ciega, porque eres humilde y porque eres madre!..

Esteban Salteras.

EL ECO DE CARTAGENA se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente á la Presidencia del Consejo de Ministros.

días en Arcy, el nuevo intendente tuvo suficiente tiempo para industrializarse.

Mizo venir un albañil y las tejas necesarias para arreglar la techumbre, compró en Avalón algunos muebles indispensables, ajustó una muchacha de la aldea para cocinera del Comendador, y cuando éste último llegó á la caída de la tarde y llamó á la puerta de su casa señorial, se encontró con un magnífico fuego en la chimenea, la cena en la mesa, una buena cama en su aposento, de modo que pudo conciliar el sueño, saboreando la dicha de hallarse en su propia casa.

A la mañana siguiente supose en todo el valle el regreso de su señor, y los vasallos, inquietos por lo tocante á sus diezmos atrasados, se presentaron en la casa señorial humildes y las orejas bajas. El Comendador les hizo perdón y gracia.

Dos días después difundióse la noticia del valle á sus alrededores; pero con la circunstancia además de que el señor de Montmorín regresaba como había partido, sin un ochavo partido por medio.

Habiendo tomado una semana de reposo, el Comendador resolvió visitar á sus vecinos de territorio y á sus parientes. De éstos había muchos en el Morván, en el Charollais y Antenois, en razón á que los Maltevert estaban aliados á casi toda la nobleza borgoñona.

pañía de sus cinco hijos y de su hija, cuando entró el Comendador.

Un jarro de vino agriño é iscoloro, un trozo de venado y algunas frutas componían toda la cena. Sin embargo, Montmorín fué bastante bien recibido, pues en definitiva, los Rochebrune ignoraban si era rico ó pobre, y cenó con ellos con excolente apetito, devorando igualmente con los ojos á la hija de la casa, linda morena de diez y nueve años, alta de tallo, ojos negros, labios rojos y blanquísima dentadura. Llamábase Carpen.

—¡Diablo!—murmuró aparte Montmorín;—el primo Rochebrune no es bastante rico para negarme su hija, y ¡diantres! será para mí muy linda mujer.

Sin embargo, el Comendador fué muy circunspecto, y dejó para el siguiente día sus proposiciones matrimoniales.

Y en efecto, al día siguiente, muy temprano, tomó á Rochebrune por el brazo, y díjole:

—Venid, primo, charlaremos un rato...

Pero el primo había ya echado su mirada por la cuadra, y convenciéndose que los caballos del Comendador y de su escudero eran dos rocines; luego Pandrillo había ya charlado antes con el doméstico de Rochebrune y enterándose de la penuria de su amo; y, por último el mismo Rochebrune

un valle estrecho, en el fondo del cual corría el Eusin, río caprichoso y fantástico, arroyuelo en estío, torrente en invierno.

Del tiempo de las Cruzadas data Montmorín. Un tal Maltevert, que éste era el nombre patronímico del Comendador, pues el de Montmorín sólo le correspondía por su cualidad de hijo último y menor, un tal Maltevert, decimos, la había construido de regreso de la Tierra Santa, para alojar en ella á una joven y bella sarracena convertida al cristianismo, y á quien había tomado por esposa.

Como se ve, los Maltevert tenían asaz buena genealogía.

Posteriormente, en la Edad Media, Montmorín, cuya posición formidable constituía una verdadera fortaleza, había sostenido diferentes sitios. Los duques de Borgoña, Juan sin Miedo y Carlos el Temerario, se habían alojado allí; un Maltevert protestante se había defendido en sus muros á la desesperada en las guerras de religión. En fin, hasta el mismo rey Luis XIV había recibido allí una hospitalidad grandiosa, en un viaje que hizo á Borgoña.

Pero la vieja mansión señorial, como todas las cosas de este mundo, sujeta á las vicisitudes de la fortuna y á la miseria de los tiempos, llegó á perder su esplendor no se sabe como. Los últimos Maltevert fueron á habitar á Arcy, y dejaron que